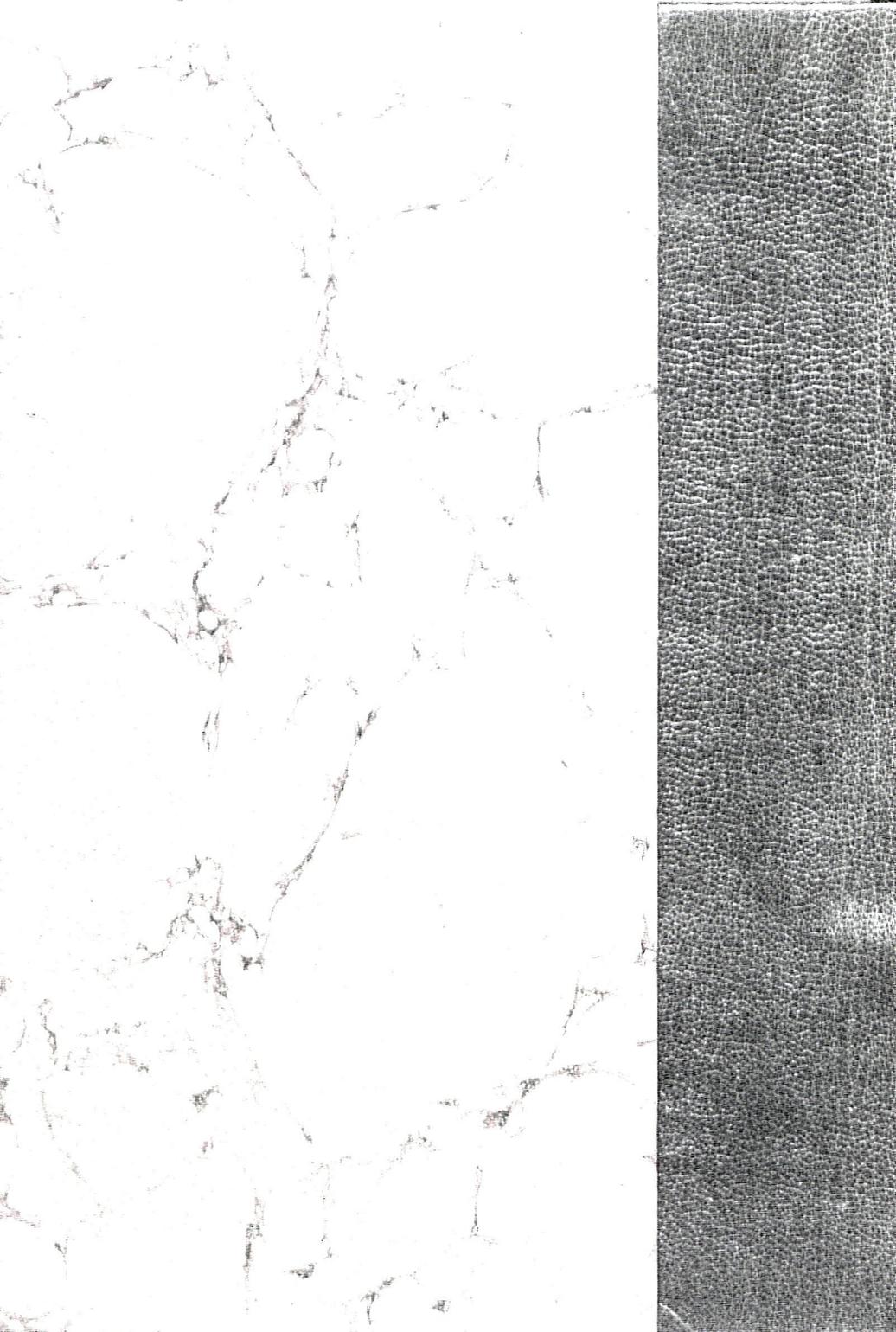


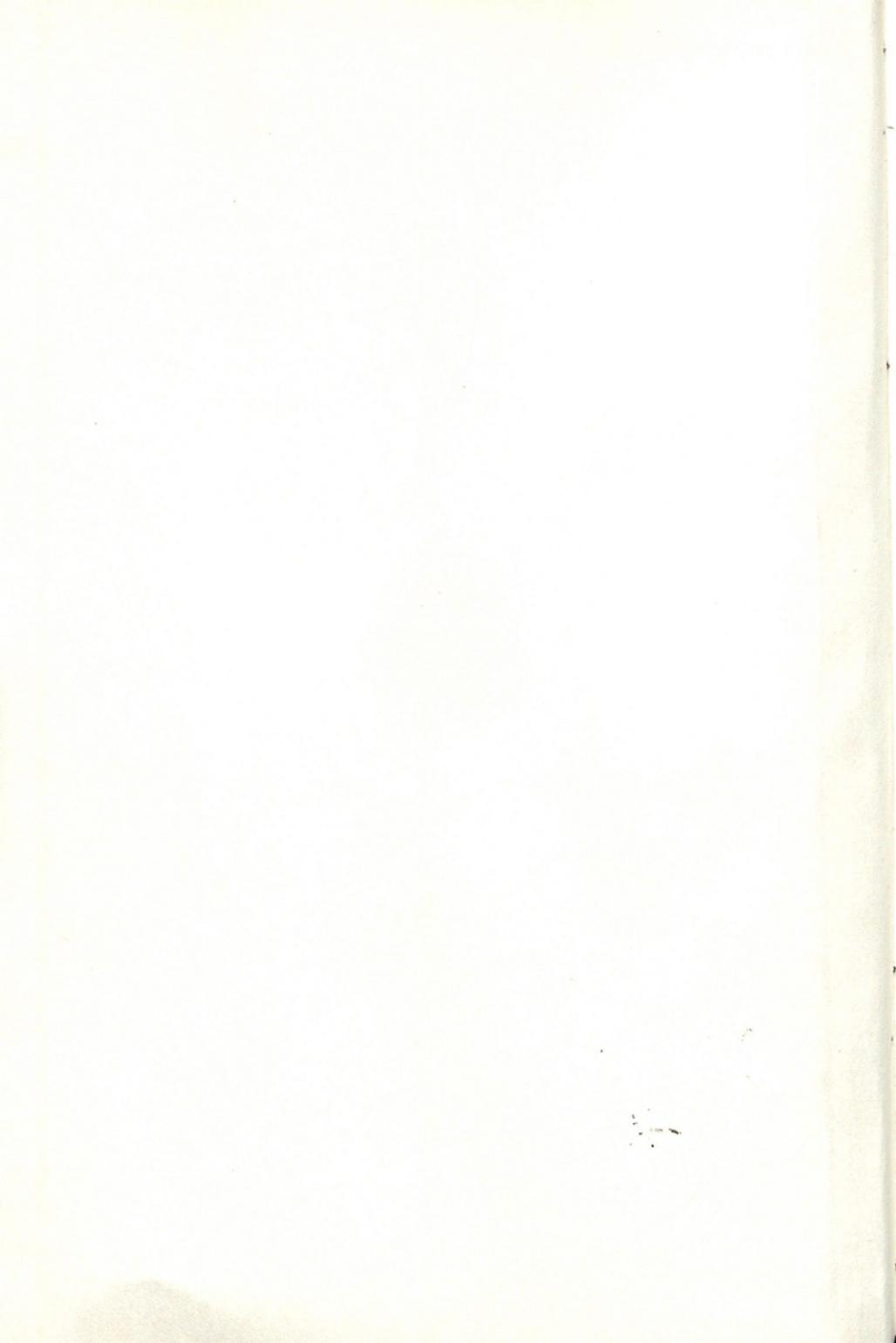


ELECTRA





1100
1200



ELECTRA

Revista semanal.



SUMARIO

Carta de D. Benito Pérez Galdós.—*La política*, por Roberto Castrovido.—*Los libros y los hombres: Mi programa*, por Ramiro de Maeztu.—*Los poetas de hoy: Estatuas de Sombra*, por Manuel Machado.—*Política experimental*, por Pío Baroja.—*Sin querer*, por Jacinto Benavente.—*La capital de la Mancha*, por Luis Bello.—*La sombra de las manos*, (versos), por Francisco Villaespesa.—*El dandysmo intelectual*, por Antonio Palomero.—*Los candidatos á la Academia*, por Cristóbal de Castro.—*Antropología: el criminal, según Nietzsche*, por C. Bernaldo de Quirós.—*La semana*, por Adolfo Luna.—*Jesús y los jesuitas*, por Pío Quinto.

REDACCIÓN

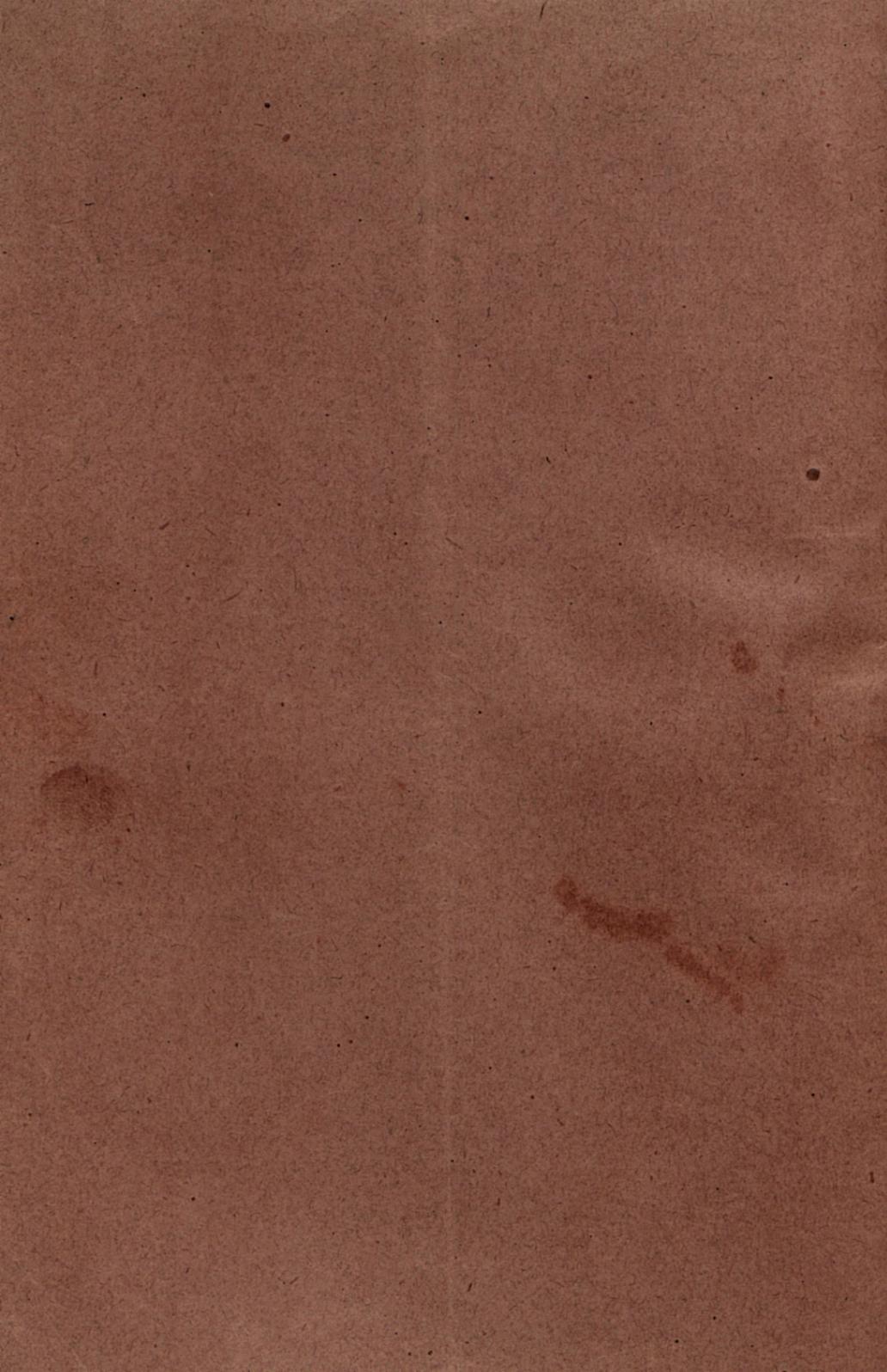
Calle de Argensola, 9.

ADMINISTRACIÓN

Espíritu Santo, 18, bajo.

MADRID

15 céntimos.



Electra.

AÑO I.

Madrid 16 de Marzo de 1901.

Núm. 1,

CARTA DE GALDÓS

Los redactores de la revista ELECTRA me suplican que encabece esta publicación con algunas líneas, y accedo á su ruego entendiendo que se conforman con una salutación cariñosa... Ya lo creo que se conformarán, porque las ideas que han de ser, según parece, el alma y al propio tiempo la enseña de su periódico, no las tengo yo, bien lo sabe Dios, recopiladas á prevención y armadas en aparato lógico como los programas de las escuelas ó sus similares los programas políticos.

No me tengo por maestro de nadie, si no más bien por discípulo, poco aventajado ciertamente, de la realidad y de los hechos humanos. No me pidan sistemas ni en el orden sociológico ni tampoco en el artístico, que todo esto me viene muy ancho, como vulgarmente se dice. Los sistemas y las ideas que los forman no sé cómo se dan, ó cómo se crean. A veces los encuentra uno nacidos del cerebro de un superior ingenio; pero comúnmente los vemos engendrados, por obra del Espíritu Santo, en el seno más ó menos virginal de la multitud, entendiendo por ésta todo el censo social, clases altas, medias y plebè. Venga el pan nuevo de donde viniere, por mi parte declaro que lo único que sé es recogerlo, así en la calle como en el hogar, ya en el disertar de los sabios, ya en el charloteo de los indoctos.

Si alguna cualidad posee el que esto escribe, digna de la estimación de sus amigos, es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía ó de escucha: trabajo que subyuga el espíritu, se convierte en pasión y acaba por ser oficio.

Los fundadores de ELECTRA son jóvenes, se hallan en la edad y sazón más propias para engolfarse en las abstracciones y para lanzarse á investigar principios y construir sistemas. De ellos recibiré yo las ideas y ellos de mí noticias de cosas contempladas y oídas. Podrá ser que ellos me den un bien armado esqueleto y que yo lo vista de carne; podrá ser que si me dan un cuerpo con toda su anatomía le ponga yo la ropa, mirando más á la moda futura que á la corriente, sin olvidar en algunos casos la moda ideal, que es una decente desnudez.

Quedamos en que no han de pedirme ideas. Consejos ya es otra cosa. Me permito, pues, oficiar de maestro, mejor dicho, de dómone, en un asunto que no es de arte, sino de disciplina artística. Con la entonación más grave que puedo tomar, les recomiendo que trabajen sin descanso; que no den entrada en sus espíritus al desaliento; que sean perseverantes, testarudos y hasta machacones; que el último momento de un descalabro sea el primero de una nueva tentativa; que se propongan un fin, y cierren los ojos á todos los obstáculos que el camino les ofrezca, bien persuadidos de que no hay dificultades ni distancias que resistan á estas dos poderosas fuerzas: paciencia y voluntad.

B. Pérez-Galdós.



LA POLÍTICA

El día 5, después de nueve días de consultas, obtuvieron el Poder los liberales que reconocen la jefatura de Sagasta. Formaron Gabinete en el cual predominaba el llamado elemento moretista; abundaban los jóvenes, más que por sistema, por cálculo de los viejos exministros que no quieren, volviéndolo á ser, perder la cesantía. La presencia en el Ministerio de la Guerra del general Weyler no ha sido una novedad ni una rareza. Desde antes de Marzo de 1899, cuando el Sr. Romero Robledo se afanaba por la concentración liberal en torno de Sagasta, ya estaba el general Weyler reconciliado con el jefe del Gobierno que le destituyó de Cuba y en disposición de ser con él ministro de la Guerra. No es, pues, de admirar la presencia del Sr. Weyler en el palacio de Buenavista. Si hay sorpresa será, únicamente, para aquellos republicanos que en el verano del 98 conspiraban con el que acaba de ser capitán general de Madrid, y hubieron de contenerle para que no se anticipara y *diera el golpe* antes de que se firmara en París el tratado de paz entre España y los Estados Unidos.

Después de constituirse el Gobierno, levantó el estado de guerra declarado en Madrid el día 14 del pasado y, tras algunas vacilaciones, restableció en toda España las garantías constitucionales, suspendidas á primeros de Noviembre del año pasado.

Bien. Ahora hace falta que esas

garantías garanticen positivamente los derechos del hombre y los del ciudadano. Pronto lo hemos de ver.

Otra cosa de interés general no ha hecho el Gobierno. Ha nombrado, con fatigas y dolores, subsecretarios, directores generales y gobernadores. Los disgustos producidos por esperanzas desvanecidas y ambiciones chasqueadas, han sido muchos. Tres gobernadores de los recién nombrados han dimitido antes de tomar posesión; y si no andan ya á la greña se miran hoscamente y murmuran unos de otros, moretistas, monteristas, cañalejistas, amigos de Vega Armijo y deudos de Sagasta.

Mal empieza el nuevo Gobierno. Las dificultades casi insuperables de colocar en un número determinado de cargos públicos á innumerables aspirantes han agotado, ó poco menos, sus fuerzas aun antes de emplearlas en vencer los obstáculos que han de oponerse á la implantación de aquellas reformas que el interés público reclama.

El mal proviene, en primer término, de una honda causa social: la mala educación del proletariado mesocrático, inútil para cuanto sea trabajo libre, iniciativa personal, hecho como está á vivir parasitariamente del Estado.

El mal es antiguo; en estos enlevitados aspirantes á gobernadores, fácil es ver á los directos descendientes de aquellos pobres hidalgos de los siglos XVI y XVII que se pasaban la vida rezando en las iglesias

y conventos, murmurando en los mentideros y pretendiendo en los palacios de los grandes y en el del monarca. El siglo pasado, lejos de disminuir esa plaga, la aumentó con sus revoluciones. La política fué para esa masa de pobres con ingenio, de bien vestidos desvalidos, de proletarios holgazanes, de una salida comparable á los que en tiempo de los Austrias fueron las armas, la iglesia y la poesía.

Con este pauperismo burgués, burócrata, no se acabará de pronto. No basta haber convertido el Estado en asilo de Santa Cristina. La solución vendrá como consecuencia del desarrollo industrial y de profundas reformas en la enseñanza. El actual Gobierno ha sufrido más que otros los embates de los pedigrüños, á pesar de no hacer más que dos años que estaban en la oposición, porque no ha traído al poder el Sr. Sagasta ideales capaces de contener las desatadas pasiones de los suyos y de frenar sus desbocados apetitos.

No sabe el Gobierno qué va á hacer. El país ya se va pecatando de que no va á hacer nada de provecho. No se equivocará desgraciadamente. En lo económico y financiero se continuará el camino emprendido por Villaverde, pues ya se dice que no hay tiempo para reorganizar servicios y economizar en los gastos. En Guerra se prescindió del general Linares, que tenía un plan de reformas—desaire que le ha hecho rechazar la capitania general de Madrid—, y el general Weyler es lo probable que no sostendrá los proyectos de su antecesor ni se decidirá á implantar la fundamental de las reformas militares, el servicio militar obligatorio, que defienden todos, incluso éstos, los enemigos del sistema, como medio de cortar la injusticia de echar sobre los pobres exclusivamente esa pesada carga, de poner dificultades á las guerras y de preparar más trascendentales reformas. Aunque nada de esto hiciera el Gobierno, ni, por

ahora, fomentara obras públicas ni mejorase algo de lo mucho que en enseñanza demanda mejoras, podríamos contentarnos y deberíamos aplaudirle si fuera sincero en las próximas elecciones generales, si dejara de *hacerlas*.

¡Triste condición la nuestra! Estamos reducidos los españoles á pedir á los Gobiernos que no lo hagan mal, en vez de exigirles que lo hagan bien. Así el ansia más viva de España es, en estos momentos, que el Gobierno no la imponga representantes, no la escamotee votos, la falsifique actas y amañe un Congreso á gusto de los caciques y de los ministros.

Las señales son de que no hay ni propósito de enmienda. Los pretendientes reclaman con el mismo ahinco que pidieron una credencial, un lugar en el encasillado, un acta de real orden. Moret se dice que anda ya en tratos para encasillar gamacistas, y sobre estos indicios hay la prueba que se deduce de las tropelías cometidas en varios puntos, Valencia y Madrid, particularmente, en las recientes elecciones de diputados provinciales.

No pecó de prematuro Romero Robledo la otra noche censurando al Gobierno. El discurso de ese monstruo de actividad tuvo el mérito de esclarecer un poco las obscuridades de la crisis. ¡Lástima es que los personajes liberales, Sagasta, Vega Armijo y Montero Ríos, conserven inéditas sus respuestas á la consulta que les dirigió la corona, privando así al país de orientación sobre el porvenir que le deparará el actual Gobierno!

Hasta ahora y por los consejos escritos que se han publicado, el único digno de un gobernante es el dado á la reina por el Sr. Villaverde. Llegó á calificar de excesiva la preponderancia de las órdenes religiosas regulares, y ofreció como remedios la igualdad tributaria y la aplicación del Concordato.

El Sr. Sagasta nada nos ha dicho sobre problema de tan urgente re-

solución. Díjérase que había olvidado los motines recientes, durante los cuales se silbó á los jesuitas, se apedreó conventos, se intentó quemarlos y hasta se asaltó uno de frailes en Santander.

¿Habrá que empezar de nuevo, Sr. Sagasta, para traer su distraída atención hacia ese problema? Ni siquiera el ejemplo de Portugal le sirve de acicate. ¿Qué va á hacer el Gobierno? ¿Expulsará á las congregaciones y órdenes no reconocidas en el Concordato de 1851? ¿Admitirá á las que emigran de Francia? ¿Las entregará á la furia de la chasqueada muchedumbre?

Hace falta que estas mismas preguntas se le hagan en mitins caldeados por la pasión.

En unos días de bullanga—como dicen los revolucionarios que se reservan para mejor ocasión—se ha conseguido más que en años de conspiraciones.

Esos tumultos estudiantiles, esas algaradas de chíquillos mal educados, han tenido mayor virtud y mayores consecuencias que los pronunciamientos zorrillescos, desde el de Badajoz al de Madrid de 19 de Septiembre.

Dudo que por aquellos últimos destellos de una hoguera próxima á apagarse y ya extinta, la del fuego revolucionario cuartelero, la de esa especial forma de revolución que se llama pronunciamiento, se restauraran el sufragio universal,

el Jurado y el matrimonio civil. Mas sobre ser dudoso que esas conquistas fuesen hijas de aquellas asonadas, tal se ejercen esos derechos, que más deshonora que gloria alcanza el que los haya restablecido.

Con las garantías en suspenso, á no ser que el Sr. Sagasta se decida á mirar lo que pasa en la calle, se ha logrado que la juventud dé fe de vida, que el enemigo se asuste, que el ejército de vándalos, como nos ha llamado uno de los políticos más antipáticos y despreciables de España, D. Germán Gamazo, se refuerce con gentes antes pasivas ó adversarios, y que sea problema lo que ayer era loca aspiración de los impíos ó anticuados resabio jacobino.

Para completar esta crónica política de la semana hemos de indicar el disgusto que en la mayoría de los republicanos han causado las declaraciones, por lo menos inoportunas, de los Sres. Salmerón y Azcárate, contrarias á la expulsión de los jesuitas. ¿No han temido esos ilustres hombres públicos dar, si no un arma poderosa, un balancín muy cómodo á Sagasta? Y hemos también de consignar que en la cuenca del Ter ha habido una explosión del odio, del despecho, de la ira, del proletariado, pasiones contenidas por la suspensión de garantías y que han estallado de súbito como el fuego grisou en la galería de una mina cerrada largo tiempo á la luz y al aire.

Roberto Castrovido.





LOS LIBROS Y LOS HOMBRES

MI PROGRAMA

Yo he soñado en ser crítico así: «Colocado frente á un libro, pasaré desde luego por alto el nombre del autor, para sentirme tan separado de la obra como si fuera mármol el papel y la producción estatua. El primer ojeo será superficial; si lenguaje, proporciones, composición y asunto no me llenan, volveré las miradas á otro lado; si sólo hallare aquellas cualidades, necesarias pero de pura técnica, lo haré constar, ligeramente entristecido; si el mármol se moviere, si me hablare con movimientos y palabras de los que traspasan ojos y oídos de la cara para vibrar en lo íntimo, sujetaré con férrea mano al crítico objetivo, apolónico y frío, dejando al hombre, á mi hombre, vagar á sus anchas por el libro.

»Permitiré que el libro me emborrache como el vapor de un vino añejo; leyéndolo con sencillez de colegial dejaré que mi espíritu se sature del espíritu de la obra, hasta que mi vida se derrame en ella y ella en mi vida y se pierdan los límites y se me escape la sensación de pesantez y llegue al término identificado con el libro, míos sus goces y pesares, míos sus anhelos, mío el autor y yo su esclavo.

»Cerrado el libro, dejaré que se alejen suavemente su voz, ansias é imágenes, y al recobrar plena con-

ciencia de mí mismo habré de preguntarme: ¿Qué me deja? ¿En qué ha esclarecido mis nociones del mundo? ¿En qué ha aumentado mi sensibilidad ante lo bello? ¿Ha crecido mi fuerza? ¿Me ha señalado peligros nuevos? ¿Soy más apto para el combate de la vida? *¿Qué me da, qué me deja?* Y si respondo á estas preguntas, si después del artista habla el hombre, habré realizado mi ideal de una crítica armónica, sintética y creadora; habré seguido el consejo de Nietzsche: *ver la verdad por la óptica del artista, pero el arte por la óptica de la vida*; habré cumplimentado, en la medida de mis fuerzas, el único mandamiento de la futura consciente humanidad: *el arte, todo el arte, para el mundo; el mundo, todo el mundo, para el arte.*»

* * *

Una crítica así, útil y buena en todas partes, la juzgo de primera necesidad en los pueblos de pensar y sentir incipientes. Y yo creo, cada vez con más fuerza, que nos hallamos ante la nueva España, ante un principio, no ante un fin. ¿Qué dónde está? ¿Qué por dónde asoma? A pesar de mis horas de pesimismo y negación yo la vislumbro, ¡oh artistas encastillados en vuestra torre de marfil, la vislumbro... en

esas industrias que han transformado rápidamente el aspecto de la hispánica periferia para clavar los barrenos renovadores hasta en el corazón de la extática y estática Castilla. Y la presiento, ¡oh mineros, mercaderes y bolsistas que jamás enfocasteis la mirada hacia una creación del arte!, la presiento... en nuestra juventud intelectual.

La nueva España, que ha tenido el talento de olvidar los recuerdos, vive ya de esperanzas. Al cabo de tres siglos de silencio y de sueño, este pueblo, que empieza a moverse, quiere también hablar. Nos agita el espíritu un anhelo candente de vida. Cerrados hasta hoy á cal y canto, hemos abierto de par en par las puertas á la máquina y al libro extranjeros. La máquina transforma nuestra vida; el libro modela nuestras almas. Cien mil obras extranjeras son devoradas anualmente por un pueblo que duplica sus lecturas en diez años. Por ellas educado, muy pronto volverá los ojos hacia su patria para preguntar por sus artistas literarios. Jóvenes, mis amigos, ¡preparamos las armas! Es necesario poder decir: ¡presente!

Y hay que presentar obras humanas. Porque este pueblo interrogará al artista: *¿qué me das, qué me dejas?*... Y hay que dar algo, darlo todo: amor y fe.

Nacen las dos Españas nuevas, la del trabajo y la del arte, en campos opuestos y hoy se miran desde lejos con miradas hostiles. Consideran los hombres de trabajo las obras de arte como objetos superfluos, de frívolo entretenimiento... Así precinden de ellas, y así es su trabajo triste é incompleto y así es su vida odiosa. Estos nuevos bárbaros de la minería y de la industria ignoran que es el arte el solo aceite capaz de retrasar el desgaste de sus máquinas y de evitar la roña. Lo ignoran... y no pueden transmitir su energía ni crearse un hogar. Huyen las mujeres de sus números para refugiarse en las iglesias ó en las tiendas. Las hijas se les van á

los conventos. Los hijos se dicen al pensar en ellos: «¿Has trabajado mucho?... ¡Luego es justa mi holganza!»... Y así se ha producido el *señorito*, inútil excrecencia, sin ideal y sin pasiones, cimiento de cafés, casinos y teatros por horas, predestinada víctima de sastres, barraganas y tahures... ¡Pobres gentes los bárbaros aquellos!

Por ley del contraste los escritores jóvenes se encastillan en su torre de marfil. Uno de los más jóvenes, y á la vez de los más estimables, asentaba el principio de que la humanidad no merecía ningún idealismo. Aunque el pensamiento no era nuevo, me enfurecí leyéndolo. ¿Y quién, entonces, lo merece?... ¿Tu impotencia para sentir? ¿Tu miopía para ver?... Guarda, decadente, no empuñe el látigo y descubra el raquitismo de tu cuerpo... La vergüenza de sentirse indigno de vivir sólo puede excusarla el heroísmo de callar.

Nuestros jóvenes parecen ignorar que si el libro de arte verdadero deberá ser escrito en frío, desde lejos, á tal distancia que el autor justiprecie las proporciones y el estilo, no será grande como no haya pasado anteriormente por nuestro corazón y nuestro cuerpo. Antes de artista y después de artista el escritor ha de ser hombre, y hombre de su tiempo. Es imposible la inactualidad. La obra más «principio del siglo XVII» fué... *Don Quijote*...; y es que su autor vivió como nadie la existencia de su época. A pesar de sus pretensiones á lo inactual Nietzsche, el dionisiaco filósofo del movimiento, fué el teorizante de su patria contemporánea, la Alemania amodorrada en la cerveza, que sufría el deseo de trocarse en la veloz Alemania de los viajeros de comercio.

Es que la vida hace al artista... más artista, como el arte hace al hombre de trabajo... mejor trabajador. Artistas y mercaderes fueron los griegos; mercaderes y artistas, los Médicis. No sé de pueblos

que hayan marcado más bella y profundamente su paso por la historia que la Hólada y Florencia. ¿Por qué no ha de ser así la nueva España?... ¿Por qué, al menos, no hemos de aspirar á que así sea?

Tenemos los elementos: riqueza en el suelo y ganas de poseerla; luz en el aire y ansias artísticas de saber gozar de ella; hombres de presa y nutrida juventud intelectual. Sólo que unos y otra se hallan tristes porque están separados; como fué triste, falta de arte, la Grecia primitiva y la Italia de Dante, y triste, falta de acción, la medioeval Bizancio. Todo es cuestión de concertar nuestras fuerzas en sintética vida de arte y de trabajo, de creación total y de mutuo respeto y contemplación recíproca.

He aquí la misión de la crítica, de la crítica con que yo sueño. De una parte, excitará á los artistas para que dejen sus torres ebúrneas por el viento de las carreteras. De

la otra, detendrá á las muchedumbres que llenan los caminos para invitarlas á escuchar la canción del artista...

Formulado mi ideal de crítica sintética, no hace falta sino el crítico que lo realice. ¿Condiciones que ha de reunir? Cultura incesantemente renovada, sensibilidad aguda, amor entusiasta al arte y á la vida, deseo de afirmar, sinceridad y buena fe... De las dos primeras no respondo. Confío en que las últimas bastarán á librarme de la desconsideración en que caen los desgraciados que, después de malograr lo mejor de la vida en cazas de gazapos, acaban por limitarse á defender penosamente el pan de sus hijos, con el elogio desmesurado á los amigos y á las reputaciones consagradas. De mí no se dirá, como se ha dicho de uno de estos críticos: «Es injusto cuando alaba, más injusto cuando censura y triplemente injusto cuando calla.»

Ramiro de Maeztu.



Del libro en prensa **ESTATUAS DE SOMBRA**

EL JARDÍN VIEJO

Jardín sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma,
jardín muerto. Tus árboles
no mueve el viento. En el estanque el agua
yace podrida. Ni una onda. El pájaro
no se posa en tus ramas.
La verdinegra sombra
de tus hiedras, contrasta
con la triste blancura
de tus veredas áridas.
Jardín, jardín, ¿qué tienes?...
Tu soledad es tanta
que no deja poesía á tu tristeza.
Llegando á ti se muere la mirada.
Cementerio sin tumbas.
Ni una voz, ni recuerdos, ni esperanza.
Jardín sin jardinero,
viejo jardín,
viejo jardín sin alma...

HUMO

Casi todo alma
vaga Gerineldos
por esos jardines
del rey, á lo lejos,
junto á los macizos
de arrayanes... Besos
de la Reina dicen
los morados cercos
de sus ojos mustios,—
dos idilios muertos.
...Casi todo alma
se pierde en silencio
por el laberinto
de arrayanes. Besos!
Sólo, sólo, sólo...
Lejos, lejos, lejos...
como una humareda,
como un pensamiento.
...Como esa figura
extraña, que vemos
cruzar por las calles
oscuras de un sueño.

MARIPOSA NEGRA

La hora cárdena... La Tarde
los velos se va quitando...
El velo de oro... el de plata;
La hora cárdena...
—¿Ves algo?
—Nada veo, sino el polvo
del camino...
—Aún es temprano.
—¿Gritaron, madre?
—No, hija,
nadie habló... ¿Lloras?...
—Lo blanco
del camino que contemplo
las lágrimas me ha saltado...
—No es eso...
—Yo no sé, madre.
—Él vendrá, que aún es temprano.
—Madre, el humo se está quieto.
Las nubes parecen mármol...

Y los árboles diríase
que tienden abiertos brazos.
.....
Un mendigo horrible pasa,
y hacia el castillo ha mirado.
—
Una negra mariposa
revolotea en el cuarto.
—
La hora cárdena. La Tarde
los velos se va quitando...
El velo de oro, el de plata...
el de celajes violados.
...Y el Sol va á caer allá lejos,
guerrero herido en el campo.

¡Malhayan los servidores
que sin su señor tornaron,
los que con él se partieron,
y traen sin él su caballo!

Manuel Machado.



Política experimental.

Uno de los mayores males de España es el espíritu de romanticismo en política. Que se sea romántico en la poesía no está mal; que un hombre sea romántico en la vida, allá se las haya; pero que un Gobierno, un poder cualquiera trate de falsear la verdad con idealismos y perturbe así los intereses de mucha gente, ¡no, eso es una locura!

Desde que los dogmas de una religión, por absurdos que sean, dejan de ser algo immanente en las conciencias, no queda en una sociedad nada fijo ni inmutable. La moral misma varía, es un producto de la raza, del medio ambiente, del clima; lo que es inmoral entre los europeos, es moral entre los papuas, y al contrario.

En ese estado de adogmatismo en que nos empezamos á encontrar ahora, la única política posible, la única política beneficiosa sería la absolutamente experimental. España podría llegar á ser algo con una política así, antirromántica y positiva.

Aquí se debía de estudiar lo mejor posible las cualidades de una provincia ó de una región, sus aspiraciones y sus necesidades, y según el resultado darles una manera de regirse más ó menos autonómica. El terruño sería la base del plan de vida en la aldea, la industria y el comercio en la ciudad.

Experimentalmente, y visto que el sufragio universal no resuelve nada, debía ser suprimido y hacer de manera que los nuevos, siempre los más inteligentes, resolvieran, no conforme al criterio de la mayoría, sino conforme á las condiciones y necesidades de la región, de la ciudad ó de la aldea.

De aquí se originaría un absolutismo de los inteligentes sobre los no inteligentes, de los espíritus que han llegado al estado de conciencia sobre los dormidos ó torpes.

Eso sería un ataque á la libertad, dirá alguno. Cierto. Pero en España no debemos ser liberales. Luis Veuillot ha puesto el dedo en la llaga con esta ó parecida frase, dirigida á los liberales: «Nosotros, los reaccionarios, les pedimos la libertad, porque está en sus principios; se la negamos, porque no está en los nuestros.»

Por eso, queriendo ser fuertes no podemos ser liberales; debemos ser autoritarios y evolutivos, dirigir y encaminar nuestros esfuerzos á conseguir el máximo de perfección, de piedad, de inteligencia, de bondad compatible con la raza. Queriendo ser fuertes no podemos ser románticos, porque el falseamiento de la verdad lleva á la alucinación. Ahora, mientras yo escribo esto, nos encontramos en toda España sin garantías constitucionales, se está en Madrid como se puede estar en San Petersburgo ó en cualquier otro pueblo de una nación gobernada despóticamente, y, sin